



Dirección de Prensa

**Discurso de S.E. la Presidenta de la República,  
Michelle Bachelet Jeria, al participar del lanzamiento del libro “Mi  
11 de Septiembre”, en el que 24 periodistas relatan su vivencia  
del día del Golpe de Estado**

Santiago, 06 de septiembre de 2017

Amigas y amigos:

Septiembre nos encuentra siempre con esta mezcla de emociones que provoca el despertar de la primavera, el momento de una fiesta que une a chilenos y chilenas en torno al aniversario patrio, y la conmemoración de uno de los momentos más difíciles de nuestra historia, que aún hoy, 44 años después de los hechos, echa un manto de luto sobre nuestras conciencias y pone pesadumbre en nuestros corazones.

Cuando Sergio Campos me invitó a participar de este acto –y a escribir el prólogo del libro– pensé que el 11 de septiembre de 1973 es uno de esos acontecimientos que muchas veces creemos agotados. Nos parece que ya conocemos cada detalle, que conocemos, porque las leímos, porque las vivimos o porque nos las contaron, hasta las anécdotas más ínfimas. Pero no: un día tan cargado de historia, de miedo, de dolor, no se agota jamás.

Nunca terminará de sorprendernos, nunca terminaremos de saber lo que ocurrió, quién tuvo ese gesto de grandeza secreto, quién traicionó o renegó de sus ideales, cómo se produjo cierto aparente milagro. Y hay muchas historias que todavía quieren ser contadas.





Dirección de Prensa

Y ése es, precisamente, el mérito de *Mi 11 de septiembre*, en el que estos 24 periodistas nos cuentan las horas previas a esa jornada, el mismo “once” y los días que siguieron.

Podemos leer aquí, de primera mano y en detalle, sobre el papel que cumplieron las radioemisoras –Corporación, Magallanes, Nacional, Sargento Candelaria, entre otras–, la labor de periodistas y técnicos que sacaron al aire los últimos mensajes del Presidente Salvador Allende, pero además se ocuparon de salvar el registro de su último discurso. Alguna de esas historias las conocíamos, pero leerlas en primera persona conmueve y estremece.

Y conmueve que esta iniciativa haya nacido de un grupo de amigos que, a pesar o precisamente porque no todos piensan exactamente igual, tienen algunas opiniones diversas de la vida y la política, se reúnen una vez al mes a conversar, a intercambiar opiniones, como cuenta en su introducción Leonardo Cáceres.

Narrar la pequeña historia de la jornada del Golpe de Estado, invitar a un conjunto de colegas a sumarse a este esfuerzo, y construir de algún modo un relato coral desde la vivencia sin adjetivos, sin grandes ambiciones, nos ayuda a entender mejor el estado de ánimo, la temperatura política de esos días.

Nos ayuda a recordar la manera en que todos sabíamos que el Golpe se acercaba, aunque muchos años después entenderíamos que acabar con la democracia chilena era, quizás, una decisión tomada desde el momento mismo en que el Congreso ratificó –como se hacía entonces– la elección de Salvador Allende Gossens.

Es cierto que todavía hay mucho que analizar sobre el papel de las instituciones, las dirigencias políticas, los gobiernos extranjeros, en la gestación y ejecución del Golpe y el desarrollo de una dictadura cívico militar. Tenemos mucho que aprender aún, y hay grandes investigaciones pendientes, sobre cómo se planificó y ejecutó la represión, y cuáles eran sus objetivos generales y específicos.



Dirección de Prensa

Pero a Chile, a los jóvenes de hoy, a los periodistas y a los estudiantes de periodismo, les hace bien también entender cómo se vivió un momento clave de la historia en un mundo anterior al Internet y las redes sociales: un mundo de teletipos y teléfonos fijos, de radiofotos y rollos de película, de papeles con recados y direcciones –y yo diría– y teléfonos, aprendidos de memoria. Otro mundo, claramente.

Sobre todo, importa conocer la vivencia de quienes luego, en el ejercicio del periodismo, estarían obligados a tomar partido, porque simplemente era imposible no hacerlo y, de hecho, permanecer en la neutralidad era ya tomar partido. Pocas veces se ha visto una división tan grande en la labor que realizó esta noble profesión, fuera denunciando, arriesgándose, resistiendo, o fuera encubriendo y acallando crímenes de Estado.

Y las determinaciones que tomaría cada periodista, se comenzaron a sellar, cómo no, en esos fríos días de septiembre. Y las trenzas de complicidades que marcarían el futuro comenzaron también a enhebrarse en esas horas.

Por eso nos importa recordar la intimidad de cada relato; lo aparentemente anecdótico que, con el tiempo, se iría haciendo trascendental. Los recuerdos que guardamos y compartimos para poder armar nuestra propia trama de la historia y de la humanidad.

No son recuerdos fáciles, pero son recuerdos necesarios. Reivindicarlos y compartirlos es un acto de resistencia, de mirar la herida de nuestra nación en toda su extensión y toda su magnitud, para entender quiénes hemos elegido ser y cómo pudimos alumbrar la esperanza, la ternura y la confianza en las horas más oscuras que vendrían.

Porque quizá la mayor lección que estos testimonios nos entregan es que aún en los momentos más difíciles y exigidos, es posible rescatar el gesto fraterno, la ayuda desinteresada, la solidaridad espontánea de





Dirección de Prensa

las personas sometidas a una situación extrema. Todos los que vivimos esos días los conocimos de una u otra manera: la sonrisa de un desconocido, la ayuda inesperada de un familiar lejano, la palabra de aliento susurrada o dicha en voz alta y desafiante.

Hace unos días, recibiendo en el Palacio La Moneda el Premio a la Trayectoria Antonio Quintana, el fotógrafo Marcelo Montecino –una de cuyas imágenes tiene un papel protagónico en este libro– contaba que cuando se acercó al Palacio Presidencial bombardeado, el día 13 de septiembre, una persona que salía de un edificio cercano le dijo: “Saque fotos, para que el mundo sepa lo que han hecho estos bárbaros”.

Cuarenta y cuatro años más tarde, aún necesitamos relatos, imágenes, historias que nos recuerden lo que el desencuentro y la destrucción de nuestra democracia significaron y significan hoy para Chile y su gente.

Necesitamos conocer y reconocernos en esas historias para que el Nunca Más sea una fuerza viva y operante en nuestra convivencia cotidiana. Necesitamos testimonios como los que conforman este libro, porque nos ayudan a comprendernos mejor y a avanzar en el camino de la verdad, la justicia y la reparación.

Y por todo eso muchas gracias a ustedes, muchas gracias a la Universidad.

\*\*\*\*\*

Santiago, 06 de septiembre de 2017  
LFS